

Recobrar la infancia a través del lenguaje poético

En el prólogo a su magistral pieza teatral dedicada a los niños, *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, don Jacinto Benavente afirmó que el escritor —el poeta— que escribe para recrear el tiempo y el espacio entrañables de la infancia, debe trabajar con la esencia espiritual atesorada en los ojos y el sentir de ese *niño que hemos sido*. Mejor aún: debe instalarse en aquella “fábula de fuentes” de que habla Jorge Guillén. Es entonces con la mirada y las vivencias fabulosas, mágicas, de un niño, con las que será posible crear una literatura capaz de expresar el universo infantil.

El poeta Javier España, en plena madurez de su oficio lírico y con la certeza estética que le otorgan su experiencia de padre y de varón de conciencia y conocimientos humanos, ha creado, con este bello libro *La suerte cambia la vida*, que hoy reseñamos, una nueva dimensión, otro horizonte para la aventura cíclica de su obra poética.

Este libro, galardonado con el importante Premio Hispanoamericano de Poesía para Niños 2004, y editado con esmero por el Fondo de Cultura Económica, puede ser un magnífico regalo: una ofrenda generosa para los niños mexicanos; una fiesta literaria, digamos, para celebrar y recobrar al *niño que hemos sido* y que está vivo —travieso y sabio— en los ojos, en las manos y en el ser de los poetas verdaderos, como sin duda lo es Javier España.

Fueron tempranas lecturas de este poeta los poemas de *La luna nueva* y la ternura dramática de *El cartero del Rey*. La sabiduría milenaria y poética de Rabindranath Tagore se une a las iluminaciones de la prosa rítmica del Juan Ramón Jiménez de *Platero y yo*, para darnos en estas páginas recientes la lección y el ejemplo de cómo realizar hoy, jugando con las palabras, una poética válida para los niños del nuevo milenio.

UNA ANÉCDOTA

Confiesa Javier España a sus amigos que el título, la propuesta temático-literaria, la estructura y la orientación emotiva de *La suerte cambia la vida* surgieron de conversaciones y diálogos que tuvo con su hijo de once años, Omar, a partir de una situación común y cotidiana. El poeta va por el niño a la escuela, y éste comenta: “la suerte cambia la vida”. Y explica al papá: “mis amigos fulano y mengano fueron antes que yo al patio del recreo y encontraron unas monedas que bien podría haber descubierto yo, de haber salido antes que ellos”.

Así, el niño Omar va contándole a su padre, el poeta, a lo largo de un fértil semillero de 37 páginas, llenas de lirismo y de creatividad verbal, sus anhelos, ideas, vivencias, visiones y sueños infantiles. El poeta vuelve a ser entonces el escriba ancestral, el amanuense, el amoroso oficiante del idioma que fija en el imperecedero lenguaje poético, iluminado por “relámpagos de lo invisible” —como dice Olga Orozco—, las palabras esenciales del niño; esas palabras de todos los días con las que habla la poesía.

NOTAS DE LECTURA

Doy aquí las anotaciones a mi lectura personal de algunas breves muestras de la intensidad, nitidez y eficacia líricas de *La suerte cambia la vida*. Al inicio del libro, un poema, “El

ojo zurdo”, entrega revelaciones mágicas sobre el esplendor y el significado de las cosas o seres cotidianos, que no siempre sabemos contemplar:

El ojo zurdo mira otras cosas,
sabe de qué pie cojea el diablo,
dónde quedan las llaves olvidadas
y qué comió hoy esta mesa.
Hoy la luna ancló en mi ojo izquierdo
y pude ver el corazón de mi madre,
fuerte y dulce como los barcos
que salen a pescar y regresan con un sueño.
Mi ojo zurdo es como un viejo maestro,
que sabe dónde sangra la madera
y dónde el tigre raja el suelo con su rugido.

Esta voz poética —la de un niño y la de su padre, el poeta, aliadas— también nos dice algo sobre el ritmo de los vocablos e imágenes en la creación lírica: “Algo le da cuerda al tiempo/ y pone a toser al corazón,/ a caminar redondo a las bicicletas,/ a hablar al reloj del parque./ Algo le da cuerda a las palabras/ y se ponen a cantar como por primera vez,/ como si dijeran un poema al amanecer.” En “Historia secreta”, la voz de la poesía, la *otra voz* nuestra, devela hondos misterios con palabras sencillas: “hace muchos años/ la tierra fue creada por la nada”.

Con instinto lúdico y travesura semántica, el poema “El tío vivo” expresa amor al padre con ternura filial: “Este tiovivo no es hermano de mi padre,/ pero en cada vuelta del carrusel/ puedo ver en su mirada/ que alguna vez fueron amigos./ Gira, gira, caballito,/ que en vuelo extendido/ llevaremos a mi padre en nuestras alas”. El amor a los padres, desde el lúcido sentir del niño Omar, alcanza su entonación más calida y entrañable en el texto “Por cada cosa en su sitio”:

Por la lluvia que canta sobre el mar,
por el mar que regresa mis palabras,
por mis palabras que sembró mi padre,

por mi padre semilla de semilla,
por la semilla que nació de un vientre:
por eso soy el sueño de mi madre.

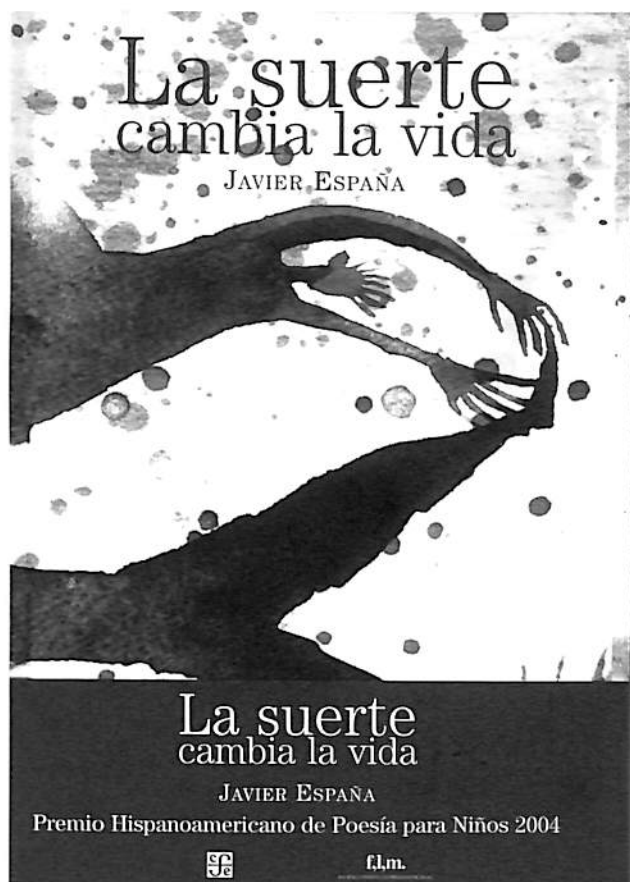
En "Deberes escolares" sentimos que es el propio poeta quien recobra su infancia, sus primeras emociones líricas, a través de la voz de su hijo:

No quiero declamar en el colegio.
Prefiero la poesía en voz baja,
como una lámpara junto a mí,
alumbrando apenas mis ojos
para mirar los ojos de mi madre
o el vuelo breve y secreto de mi breve hermana
dentro de una noche también de voz baja.

Para cerrar con broche poético estas dispersas notas de lectura transcribo, íntegro, un poema con el que Javier España y el niño Omar, en complicidad gozosa, explican serena, lúdica e irónicamente, la razón, la causa, de que, en frecuentes circunstancias...

La poesía no se entiende

La poesía no se entiende, dijeron mis primos.
Entonces, ¿por qué sé del sol y su mirada rubia,
del viento que celebra con el nombre de mi madre,
de los ríos de leche donde navega mi hermanita,
de la memoria de cristal de mi abuelo,
de la palabra amorosa que mi padre deja caer
de sus papeles? LC



La suerte cambia la vida, Javier España, México, FCE, [ilustraciones de Cinthia Martínez], 2004, 37 pp.